



“Carícies”, de Sergi Belbel, en el Teatre Romea

¿UN MUNDO FELIZ?

La última obra del autor y director catalán Sergi Belbel fue estrenada coincidiendo con la inauguración de un Romea recién reformado. Como aliciente, un extenso reparto en el que destacan Laura Conejero (consagrada con “Elsa Schneider”), una recuperada Anna Maria Barbany y la guinda del regreso de Pepe Martín al teatro catalán después de diez años.

Santiago Fondevila



TERESA MIRÓ



De izquierda a derecha y de arriba a abajo, Víctor Israel y Nadala Batiste, Àngels Poch y Santi Ricart, Laura Conejero y Pepe Martín, integrantes del elenco que ha dirigido el propio Belbel.

taba y de cómo se trataba, extendieron el rumor de que tenía mucho de provocación. ¿Por qué? Probablemente por el descarnado lenguaje de unos personajes urbanos apenas esbozados pero cuyo patente común denominador es la falta de cariño, el fracaso emocional y vital. En las entrevistas previas al estreno, Belbel se encargó de despejar la duda y señaló una y otra vez que no, que no era una provocación. En todo caso una obra fuerte, como la vida misma y, aña-



TERESA MIRÓ

La publicación de la obra en la colección teatral de esta revista, el que se tratara de la última pieza ("realmente la última, a pesar de estar escrita hace un año") de Sergi Belbel y la coincidencia de su estreno con la inauguración de las reformas del Teatre Romea crearon una gran expectación en torno a *Carícies* (27 de febrero). A lo dicho habría que añadir un extenso reparto con actrices como Laura Conejero, que había conocido su consagración teatral con la anterior obra de Belbel, *Elsa Schneider*, en ese mismo escenario, o la recuperación de Anna Maria Barbany, una actriz muy apreciada y que llevaba bastante tiempo sin aparecer en los escenarios de Barcelona, o la guinda del regreso de Pepe Martín al teatro catalán después de diez años de "desaparecido".

Quienes habían leído *Carícies* o quienes, sin haberla leído, escucharon de qué se tra-

día, "con momentos que espero harán reír al público". Sergi Belbel es un autor preocupado por la estructura dramática. Si en *Elsa Schneider* los tres episodios tenían en común unas distintas Elsas, en *Tàlem* creó un ingenioso puzzle escénico que se recomponía con la acción dramática y en *Carícies* tomó prestado de Arthur Schnitzler la estructura de *La ronda*, aunque el avezado crítico de *La Vanguardia* precisaba que más se parecía a la novela de Luis Romero, *La noria*, ganadora de un premio Nadal de hace años, que surgió en un momento en el que el autor no sabía muy bien qué escribir. E hizo lo que a la postre sería la primera escena de la obra. Pero no fue hasta tener acabado un segundo escrito cuando su colega Josep Maria Benet i Jornet le indicó que entre uno y otro existía la misma relación que en *La ronda*: "¿No te das cuenta de que la chica de la primera escena es la misma que la de la segunda?". Pues claro. Sin miedo a





esta ocasional coincidencia, Belbel prosiguió la escritura.

Once escenas de pocos minutos y en cada una dos personajes de diferente edad y condición social que se encuentran y hablan. Todos van en busca de caricias en espacios marcados por la soledad que imprime la gran ciudad en sus habitantes, acrecentada por la escenografía de Joaquim Roy. No en vano, para Belbel, la obra tiene uno de sus puntos de partida en ese espacio "contradictorio y perverso que contiene e indirectamente provoca todos los conflictos": la ciudad.

Siguiendo su costumbre, Belbel decidió asimismo hacerse cargo de la puesta en escena. Una ventaja para conseguir que eso que está en el papel coja forma sobre el escenario, pero también una dificultad añadida para el autor.

Los protagonistas de estos 11 *flashes* son, en general, gente corriente que cualquiera puede encontrar en la escalera de su casa, o junto al contenedor de la basura en la esquina de la calle. Algunos, incluso, muy cercanos al autor, pues de su entorno privado y de sus relaciones personales extrajo

Laura Conejero y Manel Barceló, uno de los 'díuos encadenados' que conforman la estructura de "Caricies".

Belbel materiales para esta pieza: una pareja joven, un tanto hastiada de su relación, que abre la obra; una conversación hueca, una discusión y una patada en los cojones. La joven (Carmen González) se encuentra seguidamente en un parque con su madre (Anna Maria Barbany) y descubre que fue una hija no querida; aún más, que aquella mujer no es su madre. Dicha mujer ingresará en una residencia de ancianos y allí encontrará a la que fuera, tal vez, su amante (Nadala Batiste), y ésta al que fuera su marido (Víctor Israel), hoy mendigo borracho y enajenado en la acera de una calle. El mendigo será vilipendiado y atracado por

un chico rebelde (Iván Morales) que no se entiende con su padre. Un padre (Manel Barceló) que tiene una amante a la cual despedirá en una dura escena que, sin embargo, produce más de una sonrisa. La chica (Laura Conejero) tampoco demostrará entenderse con su padre (Pepe Martín) y a éste le descubriremos una relación homosexual con un muchacho (Santi Ricart) que mantiene a su madre (Angels Poch). Pero ésta última también está sola y finalmente encontrará en aquel marido golpeado (Luis Miguel Climent) que acude a buscar un poco de aceite para la ensalada, un atisbo de cariño y le ofrecerá la única caricia de la obra. Un encuentro que cierra el círculo y que provoca en el público signos claros de admiración como respuesta a la perfección de este "engaño" escénico.

La preocupación de Belbel por esos seres viene un tanto producida por la imaginaria actual que desde instituciones y corporaciones se vende sobre la ciudad, sobre sus restauradas fachadas o sobre sus grandes obras de infraestructura y que olvida por completo a esas personas de las que nunca sabemos nada pero que identifican una buena parte de la geografía humana de las grandes urbes. El autor pone la carne en las situaciones. Apenas da unos rasgos, unas características que identifiquen a los personajes. Sólo intuimos quiénes son, y podemos imaginar algo de su vida. Pero sólo imaginarlo. El texto es voluntariamente cotidiano, aunque no esconde ciertos malabarismos que lo alejan de un realismo que resultaría del todo ineficaz. La virtud de Belbel es precisamente ese distanciamiento sin pretensiones analíticas. Más bien impresionistas. Esa mirada somera que no prejuzga nada, que muestra poco pero que en su conjunto retrata un perfil acusadamente pesimista sobre el *homo urbanitas*. Su virtud y su modernidad porque nos aproxima a una instantánea fotográfica.

El riesgo de la operación viene precisamente de esa somera pincelada, de ese bosquejo. Conseguir hacer de cada uno de los encuentros una pequeña obra y que cada una de las situaciones se manifieste como algo completo. Un reto difícil y que Belbel no consigue plenamente más que en algunas de ellas. Reto aún mayor ya que la pieza exige un reparto sin fisuras. Alguna hay y es suficiente para devaluar el tono general de la propuesta, para romper la sintonía con el espectador. La gélida escenografía, pese a su calidad, apenas ayudaba a situar cada uno de los *flashes* y la música no añadía nada. □